





JUAN BAUTISTA CHAPA, EL GENOVÉS REGIOMONTANO

Daive Gambino*



HACE MÁS DE CINCUENTA AÑOS, por obra del profesor Israel Cavazos, se le devolvió un autor manifiesto a la *Historia* manuscrita anónima, compuesta a finales del siglo XVII, sobre los sucesos y las expediciones acontecidos en el reino de Nuevo León entre 1650 y 1690. Descubrimos entonces que este historiador, quien prefirió quedarse sin identidad, por modestia o temor, era un italiano, o, mejor dicho, un ligur: Juan Bautista Chapa, nativo del pueblo de Albisola bajo el dominio de la ciudad portuaria de Génova, llamada la Superba por el poder logrado a lo largo de los siglos en el mar Mediterráneo. Esos nombres y apellidos, tan españoles al parecer, no eran otro sino la sencilla adaptación del original Giovanni Battista Schiappapietra. Al igual de su descendencia mexicana y estadounidense, la familia del autor, aunque sea menos lozana de este lado del océano, sigue todavía existiendo en su sitio de origen. De hecho Luigi F. A. Schiappapietra, descendiente directo del cronista, ha cumplido, en este año 2013, con la tarea de editar en idioma italiano la obra de su antecesor, presentándola con el ensayo de identificación escrito por el profesor Cavazos y demás artículos y documentos.

* Archivo del Estado de Génova, Italia. Estudió letras antiguas y se diplomó en paleografía, diplomática y ciencias archivísticas.

El presente artículo se divide en dos partes: en la primera presentamos el resumen de las investigaciones archivísticas que emprendimos sobre los orígenes del autor y su mudanza a los reinos de España. La segunda, de contenido filológico, ofrece una visión dialéctica de la cultura del autor, pasada por el tamiz de las frecuentes citas de obras latinas a las cuales recurre en su *Historia* para dar fundamento a sus reflexiones.

Juan Bautista Chapa: sus raíces y su desarrollo

Las fuentes archivísticas

Ya que es un buen hábito metodológico lo de describir de forma analítica las fuentes archivísticas a las cuales tuve que acudir, antes de pasar a los resultados del estudio emprendido, y recorriéndonos con el pensamiento el hilo de la investigación, vamos a empezar hablando del archivo parroquial de Albisola Superiore (de ahora en adelante señalado, en las notas, por la sigla APAS).

Aunque ya atestiguados desde mitades del siglo XV, no es que después y por los órdenes del Concilio de Trento (1545 – 1563) que los curas, aunque al principio con cierta desgana, empezaron a tomar registros de los nacimientos, matrimonios y entierros que día a día andaban ocurriendo en sus parroquias, dando asimismo vida a tres series distintas de libros, en los cuales se encuentran alistados los datos vitales de cada persona nacida, casada y sepultada en un determinado lugar. Desde el año de 1566 la iglesia San Nicolò de Bari del pueblo ligure de Albisola Superiore comenzó con la producción de libros de bautismos y matrimonios, mientras que el alistamiento de los entierros empezó treinta años más tarde, a principios del 1597. Debido a la relativa novedad de estas costumbres respecto a la fecha de nacimiento de Juan Bautista Chapa, la tarea de investigar los hechos de las generaciones precedentes a la suya no nos podía lógicamente consentir remontar más allá de la tercera anterior. Y por ser tan fragmentarios e imprecisos los primeros re-



Davide Gambino

gistros, la labor se anunciaba todavía más complicada, sin contar con la usanza de nombrar a los hombres mayores de edad sin sus patronímicos y a las mujeres casadas sin sus apellidos. Todo esto considerado, y añadiendo la frecuente reiteración de los mismos nombres de pila hasta en la misma generación, queda claro como estas fuentes parroquiales son insuficientes por sí solas para la determinación de los legames de parentesco. Afortunadamente el dicho Concilio de Trento mandó que los mismos sacerdotes hicieran periódicamente el censo de todos los hogares, con describir, barrio por barrio, todos los residentes de una misma parroquia bajo el nombre de cada cabeza de familia. Estas listas, llamadas *Status animarum* (“estados de las ánimas”) nos revelan el desarrollo de las familias y a veces rellenan vacíos quedados por los registros; de hecho, habiendo una determinada persona nacido antes de la innovación de los libros de bautismos, su fecha aproximada de nacimiento se puede sacar haciendo la resta del año del censo menos la edad contenida en él. Un caso afortunado quiso que se conservaran hasta el día de hoy tres de esos censos en el archivo parroquial de Albisola, hechos en 1635, 1639 y 1642, que son justo los años en que Juan Bautista Chapa estaba a punto de partir para España. El archivo parroquial de Albisola Superiore se encuentra en condiciones bastante mediocres, por haber sido por largo tiempo expuesto a la intemperie en el desván de la casa cural, y a pesar de que en tiempos recientes algunos voluntarios lo han recompuesto en una pieza más seca del mismo edificio, sin embargo los daños engendrados en los libros por la humedad son por la mayor parte irreparables, y a veces dificultan su consulta.

Acudimos entonces al Archivo de Estado de Savona, la ciudad capital de provincia más cercana de Albisola. Allí están conservados los protocolos de los notarios de todos los pueblos de las cercanías, inclusive los de Albisola, que es la primera villa que se encuentra después de Savona, en dirección a Génova, siguiendo el rumbo de la costa. Las condiciones generales de los legajos son de las peores que se pueda imaginar: de cada escribano público nomás quedan pequeños fajos de páginas sueltas, confeccionados según la



tradición de los notarios ligures. Lo más de los autos conservados cubren los meses de enero y diciembre de cada año, habiendo los demás —¡así se cuenta!— servido de combustible durante la primera Guerra Mundial.

En Savona se guardan también los autos del tribunal de Albisola, donde la justicia civil era administrada por un juez vicario. El fondo “Vicariato de Albisola” no nos ha revelado muchas novedades sobre la familia del autor, tal vez por no haber sido de las más pendencieras, pero nos ha aportado algunos pormenores de calidad acerca de algunos de sus miembros, como se podrá ver más adelante.

El núcleo familiar del autor

Tras haber pasado revista a las fuentes a que tuvimos que recurrir, podemos empezar a examinar los acontecimientos de algunos miembros de la familia del autor, Juan Bautista Chapa. Hace más de diez años un descendiente suyo, Amancio Chapa Jr., contando con la ayuda de la historiadora Dede Restagno, de Albisola, pudo dar con el auto de bautismo de *Giovanni Battista Schiappapietra* (esto era el nombre italiano del cronista). En el registro se hallaban también los nombres de sus padres. Sabiéndolos, remontó a lo del matrimonio de ellos y compuso la lista de todos sus hijos, es decir los hermanos de nuestro Cronista. De hecho, con fecha de 16 noviembre de 1627, el prepósito don Giovanni Brizio, de la iglesia de San Nicolás de Bari, de Albisola, escribió como sigue, en el libro de los bautismos: “*Die 16 novembris. Ioannes Baptista, filius Bartholomei et Baptistine coniugum de Schiapapietra, natus die antecedenti, baptizatus fuit a me Ioanne Brizio preposito; patrinus fuit Ioannis Baptista Trulla domini Ioannis natus, matrina vero fuit Hieronima uxor Ambrosii Carnaliae*”.¹ Con que Juan Bautista Chapa nació el 15 noviembre de 1627, hijo de Bartolomeo y Battistina Schiappapietra, como ya referido por él mismo en su testamento otorgado en Monterrey en 1694.²

¹ APAS, Baptismorum, II.

² Archivo Municipal de Monterrey, Protocolos, tomo 5, fol. 66, No. 27.

Como consta en el registro, la boda de sus padres se celebró el 18 mayo de nueve años antes, y así se halla registrada, en el libro de matrimonios:³ “*Die 12 maii –1618–. Denuntiationibus premissis tribus continuis diebus festivis, quarum prima die 22, 2a die 29 aprilis, tertia die prima maii festo Sanctorum Philippi et Iacobi inter missae solennia habita est, nulloque legitimo impedimento detecto, ego Iohannes Britius huius parochialis ecclesiae prepositus Bartholomaeum Schiapapariam Baptini filium et Baptistinam filiam –quondam– Nicolai Badi huius Parrochiae in ecclesia interrogavi, eorumque mutuo consensu intellecto solemniter per verba de presenti matrimonio coniunxi, presentibus testibus notis et vocatis Ioanne Pessio et Nicolao Morralia q. Petri, postea eis ex ritu Sanctae Matris Ecclesiae cum missae celebrationi benedixi*”.

El auto está algo impreciso, porque a esta fecha el padre de Battistina ya había muerto:⁴ por eso tuvimos que añadir el adverbio “*quondam*” antes de su nombre.

Las fuentes notariales nos desvelan las premisas económicas de este matrimonio, que tuvo lugar unos pocos meses después de la despedida del padre de la esposa. En los protocolos del escribano público Girolamo Scasso⁵ se encuentra un auto de renuncia y constitución de dote, estipulado el 6 enero de 1619 por la misma Battistina –cuyo nombre de pila era Geronima y fue bautizada el 18 mayo 1597⁶– y su esposo Bartolomeo Schiappapietra. Con esta escritura, hecha unos cuantos meses tras la celebración de la boda, la joven recién casada renunciaba, con el consentimiento de su marido y de sus hermanos, a todos sus derechos sobre las herencias paterna y materna, conformándose con una dote de 500 liras genovesas y la propiedad de un pedazo de tierra en el lugar llamado “Cavo” cerca el lido del mar: y ésta es la misma tierra de que Chapa da cuenta en su codicilo de 1694.

De la unión de Battistina Bado con Bartolomeo Schiappapietra, como consta en los registros parroquiales, nacieron al menos nueve

³ APAS, Matrimoniorum, II.

⁴ Nicolás Badi falleció el 11 febrero 1618, con 64 años de edad.

⁵ Archivo de Estado de Savona, Notai distrettuali 1050.

⁶ APAS, Baptismorum I.

hijos, la mayoría de los cuales no llegaron a la edad adulta. En el orden cronológico de nacimiento, ellos fueron Marietta (nacida en el 1619, murió antes de un año), Nicolò (quien tomará los hábitos en Sevilla, n. 1621), un primer Giovanni Battista, fallecido a tan solo un año (1625-1626); en el 1627 nació nuestro Autor, seguido en 1632 por Francesco, muerto de seis meses apenas de vida, y luego Giovanni Francesco, quien, habiendo nacido un año después, murió en 1642. Por último Battistina Bado dio luz a dos hembras, ambas nombradas Lucrezia, quienes no sobrevivieron más de unos meses.

Las muertes repentinas y sucesivas de Bartolomeo Schiappapietra y Battistina Bado se ahondarán más adelante, por ser conectadas a la serie de eventos que obligarán a un muchacho de tan solo trece años a abandonar su patria, yéndose en un primer tiempo a España para luego embarcar rumbo hacia las Indias Orientales.

Volviendo por lo pronto a la revisión de los acontecimientos de la familia del Autor, es cierto que, enterados del nombre de su abuelo, Battino, la tarea de la investigación genealógica se nos hacía bastante sencilla, a pesar de todos los límites que ya hemos referido, hasta siquiera la segunda generación anterior a la de Juan Bautista Chapa. Sin embargo, más allá de los puros grados de parentesco, nos animaba a la búsqueda un terco interrogante.

Es cierto que el Autor de la *Historia del Nuevo Reino de León*, como si tuviese el deseo que alguien le quitara un día la máscara, salpicó su obra de indicios acerca de su identidad, y son los que el maestro Israel Cavazos ya ha evidenciado en su monumental ensayo de identificación.⁷ Entre otras cosas, dice el autor en el capítulo 12 de su Crónica, que *cuando él estaba en Génova, un tío suyo, quien había vivido por un largo tiempo en Lisboa y se había casado con una mujer de esa ciudad, le contó un hecho curioso ocurrido por allí*. Desde este dato, el historiador Cavazos inició su proceso de investigación, que le condujo a la certeza de que el autor era italiano, y que este italiano no podía ser otro que Juan Bautista Chapa, cuyo testamento denunciaba sus orígenes ligurés además de tantas otras pruebas que

⁷ I. CAVAZOS GARZA ecc.



Davide Gambino

anduvo recopilando tanto en los expedientes judiciales escritos por su mano, como en el susodicho testamento y en su codicilo, ambos otorgados a pocos días de distancia, en enero de 1694. La identificación ya estaba acertada, y por fin no quedaba duda que los rasgos del autor anónimo coincidían perfectamente con los de Chapa. Por mi parte, pero, aún permanecía un toque de curiosidad; con que me pareció que, logrando yo satisfacerla, se añadiría un eslaboncito más a la cadena ideal, que va atando el autor anónimo a la identidad de Chapa. El cronista, al recordar de su tío, nos habla de su larga residencia en la actual capital portuguesa y de su casamiento con una mujer lisboesa. Chapa, por su lado, escribe en su codicilo que su hermano Nicolò se había ido a España en busca de su tío, quien le apoyaría a ingresar a un convento de Capuchinos de Sevilla. Este detalle, aunque interesante, no hacía prueba suficiente para asegurar, de todas todas, que los dos tíos (él del Anónimo y él de Chapa) fuesen la misma persona. Faltaba algo más, y con esta duda acudí a los fondos notariales del Archivo de Estado de Savona, en donde, como ya hemos señalado, se conservan los protocolos de los escribanos públicos de Albisola. Y la buena suerte nos sonrió, a pesar de las pérdidas lastimosas que esta serie de autos ha sufrido en la época de la primera Guerra Mundial: de hecho encontramos en uno de los legajos dos testamentos en idioma latino, otorgados uno después del otro, en el mismo día 21 de diciembre de 1641 por Giovanni Battista Schiappapietra, hijo de Battino (el abuelo de Chapa), y su esposa, María Ferranda —ésta es la traducción aproximada del apellido Hernández en latín—, hija de Domingo natural de Lisboa y sujeta del Reino de España, no habiéndose aún separado las dos Coronas. Estas páginas, que por tantos años se habían conservado íntegras y amorosamente dobladas una sobre la otra, nos ofrecieron, de un solo golpe, la respuesta a nuestra pregunta; pues sí, era cierto y aclarado que Juan Bautista Chapa había tenido un tío casado con una mujer de Lisboa, al igual que el cronista. La pareja se encontraba en aquel tiempo en Albisola, posiblemente de visita a la familia de él: Battino y Masina, sus padres, estaban envejeciendo y las muertes prematuras y tan rápidas de Bartolomeo y Battistina,



padres del cronista, les había compelido a recoger en su hogar sus tres nietos.

Sabido que el tío de Chapa trataba con cierta frecuencia con los reinos de España, se nos antojó saber si de alguna forma podríamos encontrar más documentación sobre sus idas y venidas de las dos penínsulas. A raíz de los consejos y de la ayuda de dos valiosos historiadores, Marco Villa y Catia Brill, nos podemos dirigir por vía electrónica al Archivo Provincial de Cádiz, donde, como ellos me habían asegurado, están alistados en forma electrónica y descritos uno por uno todos los testamentos y las procuras otorgadas ante los notarios de esa ciudad, para hacer más rápidas las investigaciones sobre determinadas personas o apellidos en los fondos notariales gaditanos. En unos pocos días recibí buenas nuevas del archivista encargado, doctor José Ramón Barroso, quien me entregaba en adjunto las copias fotográficas de otro testamento de un tal Juan Bautista Chapa, hijo de Battino *Sciafapetra* de Arbisola, hecho el 3 enero de 1635 antes del escribano Diego de Soto Castellanas. Estas siete páginas redactadas en esa escritura tan ligada, que es conocida bajo el nombre evocador de “letra de cadenillas” –¡y con la cual nosotros los paleógrafos tenemos mucho que batallar!– me brindaron informaciones de importancia capital sobre las actividades que ataban el tío del cronista a España. De hecho, saqué de esta carta de última voluntad la noticia de que él comerciaba sobre todo en esclavos negros, lo cual no logró demasiado sorprenderme, siendo el hombre vecino de Lisboa y los portugueses asentistas de la trata de africanos, en virtud de una real cédula del rey Felipe IV. Chapa declara, entre los demás créditos y deudas, ser deudor del capitán Juan Vicençio Ocelo (nombre hispánico del genovés Giovanni Vincenzo Uccello) del precio de varios esclavos, y que también seguían siendo en poder del dicho capitán otros dos, que aún se habían de vender. Declara asimismo el otorgante que su esposa, María de Olivera, hija de Domingo Hernández y de María Antonia le había entregado diversas casas en Lisboa, por un valor potencial de 170,000 reis portugueses, y de su propio caudal, recibido en hijuela de un tío suyo paterno, Juan Benito (Giovanni



Davide Gambino

Benedetto), ascendía a 100 escudos de plata. Hasta la fecha del testamento, ningún hijo había nacido de este matrimonio.

Giovanni Battista, el hijo de Bartolomeo Schappapietra, futuro Juan Bautista Chapa “el mozo”, siendo el segundo en tomar este nombre, acababa de cumplir su décimo tercer año, en la postrimerías de 1640, cuando su homónimo tío paterno volvía a Albisola, con su hija y esposa, quizá con el fin de invertir lo que había ganado en la península ibérica, además de visitar a sus padres ya ancianos.

La vida había sido muy severa con el joven Giovanni Battista y sus hermanos, ya que a la vuelta de solamente seis meses tuvieron que hacerles el duelo a ambos padres. De hecho Battistina Bado falleció el 14 mayo 1638,⁸ y su auto de entierro la señala ya como viuda. Habiendo ella parido a su última hija Lucrezia, aún viviendo Bartolomeo, su marido, el 22 de marzo del año precedente, se debe suponer, por lo pronto, no siendo la muerte de Bartolomeo registrada en la parroquia de San Nicolás de Albisola, que él murió lejos de su pueblo, entre la dicha fecha del 22 de marzo de 1637 y la del deceso de su esposa.

En el “*Status animarum*” del 1639, Juan Bautista se encuentra alistado en el sin fin de bocas que alimentar encargadas a su abuelo Battino. Su hermano, Nicolò, figura ausente, como ya estaba en el censo de 1635. Habiéndonos ya enterado, por su testamento, que Chapa, el viejo, estaba en Cádiz a los principios de 1635, podríamos inferir que él trajo su sobrino mayor consigo, tras otro viaje a Italia. El codicilo de Chapa Jr., por otro lado, nos informa que su hermano se fue en busca de un su tío, dejando suponer que se embarcó solo, a lo mejor como grumete o clandestino a la tierna edad de 13 añitos; lo que no sería imposible, aunque difícil que creer. Además puede ser que Juan Bautista Chapa, después de tantos años y siendo tan niño a la fecha de la partida de su hermano, haya olvidado sus precisas circunstancias, más no teniendo otra documentación nos quedaremos con esta duda, hasta que se encuentre alguna prueba más evidente.

⁸ APAS, *Mortuorum*, 1.

Según el censo de 1642, que también se conserva en el Archivo Parroquial de Albisola, la familia de Battino Schappapietra parece menos atestada, habiendo su hijo Giovanni y su nuera Maddalena fundado su propio hogar en otro barrio del pueblo. Juan Bautista también ha desaparecido: no se lo encuentra en ninguna otra familia de Albisola, que pudiese haberlo recogido. Eso nos hace pensar que su tío, Chapa Sr., cuya última visita a Albisola remontaba al año anterior, podía haberlo llevado consigo, regresando a España, para hacerlo emprender mejor futuro y dar también alivio a su padre Battino, quien ya estaba muy mayor y cercano a su extremo viaje. Esta vez el “tío de Lisboa” quizá no tenía intención de detenerse demasiado tiempo en la península ibérica, pues dejó en Albisola a su mujer, María y a su hija Antonia: con efecto las encontramos juntas, formando un hogar separado, en el censo de 1642. Sus nombres fueron marcados con una cruz al momento de hacer el nuevo enlistamiento, tres años después. De hecho, María falleció de un ataque apopléjico en 1643.⁹ No se sabe cual suerte tocó a Antonia: a lo que parece, ella desapareció en la nada. A lo mejor habrá seguido a su madre en la tumba: lo cierto es que no hay prueba de su sobrevivencia, por lo menos en Albisola. El “*status animorum*” empezado en 1645 quedose inacabado, y el barrio en que habitaban las dos mujeres no está incluido en los que se logró enlistar.

En ese mismo tiempo, mientras Juan Bautista, el mozo, ya se hallaba en tierra española, tal vez él pudo recibir una instrucción general en las escuelas de *latinitas* fundadas por los jesuitas, en Cádiz o en Sevilla, donde su hermano Nicolás había ingresado al monasterio de los capuchinos. En su codicilo, Chapa nos cuenta que se embarcó en 1647 hacia la Nueva España desde Cádiz, de donde también afirma que escribió su última carta a su familia, dejando a su tío Giovanni que gozase del pedazo de tierra recibido en herencia por sus padres. El 30 de agosto del mismo año, según una relación encontrada en los fondos gubernativos del Archivo de Estado

⁹ APAS, *Mortuorum*, 1.



Davide Gambino

de Génova,¹⁰ los miembros de la nación genovés en Cádiz tuvieron que formar una junta para elegir su nuevo cónsul: el nombre de Giovanni Battista Schiappapietra, o de Juan Bautista Chapa falta de la lista de los electores. Dado por sentado, por mucho que esté incierto, que Chapa Jr., fuese vecino de la ciudad gaditana antes de partir para las Américas, podríamos entonces llegar a la conclusión que su travesía del Atlántico tuvo lugar en la primera mitad de 1647, a espera de más pruebas.

Cuando Chapa “el mozo” tomaba su vuelo para las Indias Occidentales, su tío homónimo ya había regresado a su patria y recuperado su nombre italiano, desde hacia dos años. Después de haber llorado las muertes de su mujer, de su padre, y posiblemente de su hija, cuya suerte queda desconocida, volvió a casarse, por segunda vez, con Ángela María, hija del capitán Ludovico Foglia, el 5 de julio de 1645.¹¹ En el registro del matrimonio, él lleva el título de *dominus* –tratamiento dado a los notables locales– a raíz quizá de su exitosa carrera española y de los bienes ahorrados: su padre Battino nunca se había merecido semejante honor. La joven esposa murió a la edad temprana de 25 años, el 30 de julio de 1648. Tras pocos meses de duelo, el “tío de Lisboa” tomaba nuevamente estado, con Caterina Pescio, quien también falleció bastante joven, a los 36, después de haber dado a luz a tres hijos. Paulatinamente Chapa el viejo invirtió su peculio de esclavista en bienes raíces, como consta en muchos autos de compra encontrados en los legajos de los notarios, y logró asentar su “hidalguía campesina” desempeñando a su vez los cargos de juez vicario, consejero comunal y capitán de la milicia local de Albisola. En 1653,¹² padeciendo una fistula pidió a la República de Génova que pudiera negarse a ser elegido en cualquier oficio público “habiéndolos ya ocupado todos al menos dos veces”. Se casó una última vez con María Caterina Grosso, el 7 de febrero de 1666. Con ella engendró a los 62 años, a otro Giovanni Battista: éste llegó a ser notario y vivió hasta el 1732. Chapa el

¹⁰ Archivo di Stato di Genova, *Giunta di Marina*, 3.

¹¹ APAS, *Matrimoniorum*, III.

¹² Archivo di Stato di Genova, *Senato*, 2213.

viejo, quién fue el primero en llevar este apellido y quién tanto viajó, clausuró su peregrinación terrenal en Albisola, el 4 de noviembre de 1683, llegando a los 80 años de edad.

Para concluir la revista de las personalidades que marcaron al Autor de la *Historia*, aún nos queda dar algunas noticias sobre su abuelo, Battino. El se fue el día de Todos los Santos de 1642, tras setenta y dos de una vida de labor y fatiga. Por medio de los autos notariales de Albisola, aprendimos que administraba una pequeña posada,¹³ propiedad de la noble familia Della Robere, y tenía también una tienda de alimentos.¹⁴ Conocemos hasta la casa en la que habitaba, y donde posiblemente nació y vivió el autor hasta el 1641. De hecho una hermanastra de Battino, Manuela, interpuso en 1618 una demanda¹⁵ en contra de él, para cobrar la hijuela que, su madre Bartolomea, fallecida en 1607, le había legado a título de dote. Entre los bienes a liquidar para satisfacer la deuda, la mujer reclamó también la casa de Battino, heredero universal de su padre, Bartolomeo. La descripción de los confines del edificio, permiten ubicarlo en el barrio dicho de “Piazza”, junto a la orilla del torrente llamado Riabasco y frente al antiguo hospital de Albisola. Los escasos datos ofrecidos por los protocolos de los escribanos denuncian las frecuentes deudas de Battino; ¡demasiadas bocas tenía el pobre diablo que alimentar! Por ellas llegó hasta a ser preso en 1635, en las cárceles de Savona:¹⁶ Bartolomeo Bado, hermano de su nuera Battistina, farmacéutico en Savona, tuvo que pagar su fianza. El mismo Bado, tras la muerte de Bartolomeo, hijo de Battino y de Battistina, padres del Autor, se portó con escasa generosidad hacia ese padre infeliz, que acababa de perder dos seres queridos. En efecto, habiendo recién fallecido Battistina, su hermano, quien había proveído los medicamentos a los esposos durante sus morbos fatales, le-

¹³ Archivo di Stato di Savona, *Notai distrettuali* 1050.

¹⁴ Archivo di Stato di Savona, *Vicariato di Albisola*, 30.

¹⁵ Archivo di Stato di Savona, *Notai distrettuali*, 1050.

¹⁶ Procura hecha a favor de su hijo Bartolomeo, padre del Cronista, a quien dio poder para reembolsar a dicho Bado el valor de la fianza. Archivo di Stato di Savona, *Notai distrettuali*, 1051.



Daide Gambino

vantó una reclamación en contra de Battino, en calidad de albacea, para cobrar sus créditos sobre los bienes de los difuntos.¹⁷ Adjunto a la demanda, hallada entre los expedientes del tribunal de Albisola, el escribano del juez introdujo la cuenta, estilada por mano del boticario, en que se van describiendo día a día los fármacos suministrados. La lista empieza con los de Bartolomeo Schiappapietra, quien falleció después de tan solo cuatro días de terapia, el 30 septiembre 1627, posiblemente de cólera y fuera de su hogar (su entierro no está registrado en Albisola, como ya he referido).

Más despacio anduvo el mal, que llevó a Battistina al sepulcro. Su hermano empezó la cuenta de sus productos el 20 de enero del 1638, acabándola el 26 mayo, con los gastos funerarios. Entre estas dos fechas, se añadieron cada día fármacos astringentes y laxantes, más sobre todo varias especies de alimentos nutritivos, como carne de ternera, pasta y jarabes de azúcar. Se constata como casi constante fue la entrega de pastillas de altea, cuyas propiedades antiulcerosas son notorias y que prescribían en casos de procesos inflamatorios y ulcerosos a cargo del tracto gastrointestinal superior. Para no detenernos demasiado en estos detalles clínicos y excluyendo por haber sido tan larga, una malaria epidémica, podríamos discurrir que la madre del cronista haya muerto, aún joven, de una gastritis, tal vez agravada por el dolor de la reciente pérdida de su esposo.

La abuela del cronista al fin, María de Benedetti sobrevivió diez años a su marido, Battino, cerrando sus ojos el 26 agosto de 1653, mientras Giovanni Battista ya adulto, ya nombrado Chapa –al igual que su tío, a su vez– se estaba convirtiendo, tan lejos de su tierra, en el actor de esos hechos que años después contaría en su *Historia*.

La erudición del autor en sus citas latinas

Por falta de pruebas documentales, sería ocioso atribuir a Chapa una carrera de estudios que vaya más allá de la pura alfabetización,

¹⁷ Archivio di Stato di Savona, Vicariato di Albisola, 46.

en la cual se afirmó a raíz de su profesión de escribano perpetuo del gobierno del Nuevo Reino de León.

En el contexto de la larga *captatio benevolentiae* que él dirige al Pío lector, Chapa, mostrándose consciente del carácter curial de su estilo de escritura, que es tan rico de relativas complementarias que abundan en las demandas y sentencias como estas expresadas en la jerga jurídica; pide perdón por eso, con las siguientes palabras: “El estilo no será levantado; por mí insuficiencia. Los conceptos serán incultos; que los que habitan en países remotos, suelen olvidarse del lenguaje político de las cortes, aunque hayan aprendido en ellas”.

Chapa parece aludir aquí a estudios cumplidos en alguna ciudad importante, sede de gobierno central, aunque el anonimato en que quiere celarse no le permita ser más preciso.

Recordemos que el joven Giovanni Battista Schiappapietra llegó a España alrededor del mes de febrero 1641, con 14 años de edad. La presencia de un maestro de escuela a Albisola, su lugar de nacimiento, está documentada desde el último cuarto del siglo XVI, así que no podremos negar que en aquella etapa de su vida, él supiese por lo menos leer y escribir. No sabiendo pero nada, por lo pronto y a la espera de nuevas investigaciones en los archivos ibéricos, acerca de sus acontecimientos españoles, nos queda suponer que tuvo que seguir los rumbos tomados por su tío, quien lo había traído consigo. A esa fecha, tras el fin de la guerra de los 30 años, las dos coronas de España y Portugal se habían desunido, y el asiento de los esclavos negros ya no era en manos de los portugueses; además Chapa el viejo, había dejado a su mujer y su hija en Albisola. No había entonces ningún motivo porque los dos hombres se fueran a vivir en Lisboa. El hermano de Chapa “el mozo”, Nicolò, ya vivía desde hace seis o siete años en un monasterio de Sevilla, y Chapa Sr. contaba en Cádiz con socios y paisanos suyos cuales el capitano Gio Vincenzo Uccello y Vincenzo Targa, quienes ambos están mencionados en su testamento de 1635. Todo eso nos hace inferir que muy plausiblemente los Chapa hicieron su hogar en Andalucía. El sistema educacional español¹⁸ en la época barroca sufrió

¹⁸ B. DELGADO, *Historia de la educación en España y en América; T. III: La educación en la España moderna (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 1993, p. 405 ss.



Davide Gambino

una decadencia debida a los mandos del recio ordenamiento teocrático, en donde todos debían de mantenerse en su lugar, sin esperanza de avances sociales. Aunque intentando resistir los centros locales de instrucción básica pasaron por una recesión incontrastada durante la primera mitad del siglo XVII. Mejor les fue a las universidades.

Remonta al 1568 la fundación de una escuela de primeras letras en Cádiz, por obra de la Compañía de Jesús; ¹⁹ tan sólo un año después los jesuitas inauguraron una clase de lengua latina. El Colegio, destruido por los ingleses en 1596, se hallaba en los años alrededor de 1640 en una fase de reactivación. En Sevilla, en esos mismos años, el Colegio jesuítico de San Hermegildo, renombrado por sus cursos en artes, estaba llegando a su cumbre.

Ya sabemos que Chapa Jr. viajó a la Nueva España en la primera mitad del 1647, con 19 años. A esa edad, ya podía haber cumplido con su bachillerato, más sólo el descubrimiento de fuentes archivísticas y documentales, si todavía existen, podría dar prueba de ello.

Ni siquiera podríamos comprobar que el joven aventurero, tras su llegada a las Américas, haya podido reemprender sus estudios en la Ciudad de México –donde la universidad, fundada por real cédula en 1547, ya estaba en su pujanza– aunque la clandestinidad del genovés, afirmada por el mismo profesor Cavazos,²⁰ puede haber jugado en su contra en este aspecto. Chapa en su codicilo declara que los más de sus libros en castellano son “de judicatura”: eso considerado, podremos extraer la conclusión que, si nunca él emprendió una carrera de estudios, esta fue en derecho. Por otro lado, es de notar que jamás y en ningún documento se le da algún título, aunque sea de licenciado, a Chapa: su nombre está citado sin apelativo hasta en la lista, hecha por él mismo, de la compañía de Alonso de León en la primera expedición hacia las poblaciones francesas

¹⁹ A. MORADO GARCÍA, *La Diócesis de Cádiz: De Trento a la Desamortización*, Cádiz, p. 19.

²⁰ I. CAVAZOS GARZA, *Juan Bautista Chapa cronista anónimo del Nuevo Reino de León*, en *Historia de Nuevo León*, etc., Monterrey, 2005, p. LVII.



en el Golfo de México, si bien la falta de títulos antes del nombre del cronista no hace prueba suficiente de estudios inacabados. Al fin, no pudiendo contar con otras fuentes, la única labor de análisis objetiva que logramos intentar halla su fundamento en el estudio de las obras citadas o parafraseadas por él, y de la forma en que están reproducidas. ¿Cómo procedió el autor mencionando sus fuentes, y de dónde las sacó? ¿Había él estudiado latín? Estas son las preguntas más inmediatas que directamente hicimos al texto.

Antes de proceder con las respuestas que obtuvimos, tenemos todavía que sentar una premisa, y no de las menores, y es que nosotros conocemos la crónica de Chapa a través de una transcripción editada en 1909 por Genaro García; algunos de los errores que caracterizan de forma tan marcada las citas latinas en la crónica pueden, aún hasta en cierta medida, ser debidos a lecturas equivocadas del mismo editor, quien sin embargo se da cuenta de algunas de las faltas, señalándolas con el adverbio latino *sic* entre paréntesis. Una edición crítica de la crónica, basada en el manuscrito conservado en la biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale, tal vez ofrecería una visión más clara y cierta del texto, aunque dudamos que la mayoría de las anomalías que se hallan en las citas latinas trascritas por Chapa puedan haberse ocasionado por puros yerros paleográficos.

Eso sentado, pasamos a la primera cita de erudición clásica presentada por el autor; esta ya se encuentra en el mismo proemio, dirigido “al pío lector”. Aquí Chapa enuncia su voluntad de quedarse anónimo, para evitar las malas intenciones de cuantos le podrían reprochar su búsqueda de la realidad histórica, denunciando de plano las difíciles condiciones de los que intentaban en su época escribir sobre hechos recientes. Él parangona esos detractores a los que osaron, en la antigüedad, operar correcciones en los versos de Homero. En particular, el autor se refiere a Zoilo, el más feroz de los críticos del poeta ciego, afirmando: “Y faltándoles [a los críticos] el conocimiento de mi persona, no tendrán blanco en que asentar el tiro, como lo hizo el dichoso Zoilo, reprendiendo los escritos del Príncipe de los Poetas, Homero. Así lo dice Carlos Esteban en



su *Vocabulario Histórico y Geográfico*, de quien, omitiendo el superfluo, solo pongo estas palabras: *quod Homerum poetarum Principem libris ad versum cum scriptis ausus sed replexendere*. De aquí se originó llamar zoilos a los que murmuraban obras ajenas. Así lo confirma Ovidio en estos versos: “*enxenio magni lucor detrectur Homeri, quisquis es exilo Zoile nomen habes*”.

En primer lugar hay que fijarse en la hispanización del nombre del autor citado por Chapa: *Carlos Esteban* no es otro que el erudito francés Charles d’Etiennes, mejor conocido con su apellido latino de *Stephanus*. Su obra mayor, el *Vocabularium historicum et geographicum*, diccionario de erudición poética y literaria está escrito en idioma latino y fue editada por primera vez en París en 1553; obteniendo un éxito mundial con muchas y diversas reediciones, hasta llegó a ser traducida en francés en 1683 por Daniel de Juigné Broissinière. Nunca fue vulgarizada en castellano, así que la misma traducción del título es una innovación de Chapa, quien saca las noticias ofrecidas sobre Zoilo desde el lema “Zoilus” de dicho *Vocabularium*. De hecho, entre otras cosas, se puede leer en la entrada: “*Zoilus [...] quod Homerum poetarum omnium principem libris aversus eum scriptis ausus sit reprehendere [...] ab huius autem moribus sumptum est ut homines lividi, ex alieni ingenii obrectatione laudem aucupantes, “Zoili” dicantur. Ovid. Lib. 2 de Remedio amoris “Ingenio magni livor detrectat Homeri / Quis es, ex illo, Zoile, nomen habes*”. Se observa como D’Estiennes es el primero en equivocarse, al reproducir los versos de Ovidio, los cuales empiezan en el texto original por el acusativo *ingenium* en vez del ablativo *ingenio*, que no tiene sentido en dicha oración. Chapa transcribe con fidelidad este mismo error, deletreándolo fonéticamente según su propia pronunciación española (como si anduviera dictándola a sí mismo), añadiendo otras faltas ortográficas en detrimento de la intelección de los pasajes. Para justificar esos errores –y dado por sentado que así se encuentran en el original– tendríamos opinar que Chapa no transcribió directamente de un libro estampado, sino de notas manuscritas de difícil lectura. Lo cierto es que el Autor parece no percatarse de las faltas, ya que no intenta enmendarlas.

De pronto hallamos una segunda cita en latín, hacia el fin del mismo proemio. Para subrayar su intento de exponer las cosas en verdad, Chapa se vale de la definición consentida de esta palabra según los principios del tomismo: “*Veritas es adaequatio rei et intellectus*”. En este caso tampoco su ortografía es correcta: con efecto, él escribe “*veritas est adquatior ei ad intelectum*”. Al parecer, las deformidades proceden del intento de transcribir de forma más o menos fonética una oración aprendida de memoria, quizá en los tiempos ya revueltos en su juventud.

Llegando al capítulo 9, en donde Chapa teje el elogio del gobernador Martín de Zavala, el introduce una paráfrasis sacada de un libro llamado “*Las historias internas y externas de Roma*”, dejado sin nombre del autor. El pasaje relata el descubrimiento del sepulcro de Pompeyo el Grande por un “mancebo ateniense”, quien estaba paseando en las orillas del Nilo. Grabado sobre la tumba pedíase leer el epitafio “*Templi pondus erat modica qui clauditur urna*”. Chapa opina que estas palabras tienen más de un sentido, y que las ha leído explicadas en lengua toscana de la manera siguiente: “El que está enterrado en este pequeño monumento era digno del más suntuoso templo”, terminando por decir que esas palabras concuerdan perfectamente con las prendas del difunto Gobernador. Ahora bien, sabemos que la narración del homicidio de Pompeyo a manos de un general del rey Egipcio Tolomeo está narrada en la obra, escrita en lengua griega, “*De bellis civilibus*” de Appiano de Alejandría (c.95 d.C-c. 165 d.C.), y ahí encontramos también la descripción de su tumba con el epitafio grabado encima, cuya traducción en latino, reproducida por Chapa, corresponde a la que se halla en su versión latina integral, hecha por el humanista italiano Pietro Candido Decembrio (1399 – 1477) e impresa en Venecia en 1473. El autor muestra también conocer una traducción en su lengua materna del esámetro, cuyo sentido es, al igual de la traducción en castellano del título de la obra, tan parecido a su versión italiana que no puede caber duda que la mencionada edición en lengua toscana es la del erudito italiano Alessandro Braccesi (o Bracci, 1445 – 1503), embajador y secretario de la república de Florencia, de que se sacó en



Daide Gambino

1554 un celebrado y exitoso volumen editado en Venecia con las correcciones de Ludovico Dolce. Sin embargo a lo que parece Chapa no tiene a mano ninguna de las dos versiones, es decir la latina de Decembrio y la toscana de Braccio; ni siquiera muestra conocer el autor de la obra que va citando: este simple pormenor nos hace suponer otra vez que él transcribió esos datos de apuntes manuscritos e incompletos. La narración del hallazgo del sepulcro de Pompeyo por un joven de Atenas es de su invención: según escribe Appiano, el descubridor del monumento fue el emperador Adriano, quien la hizo restaurar.²¹ Tenemos así que imaginar que en sus notas Chapa encontró el título de la edición italiana, un resumen inexacto e inacabado del episodio y el extracto con la traducción del epitafio, junto a su versión latina, sin enterarse que se trataba de un pasaje de la misma obra, trasladado en dos lenguas diversas.

Esta manera de proceder está definitivamente demostrada e ilustrada por sus propias palabras a la altura del capítulo 14, cuando, al recopilar algunos eventos prodigiosos que ocurrieron en diversas partes del mundo, anticipando eventos nefastos, Chapa transcribe un trozo extraído de un libro que él intitula “*El curioso en su aldea*”, y que afirma haber hallado no en un volumen sino “entre otros papeles”. En balde hemos buscado esta preciosa obra en los catálogos de las más importantes bibliotecas de España y de Latinoamérica, hasta que, jugando con las palabras –y en eso reside una de las ventajas de las herramientas modernas– dimos en el título muy similar de una obra bastante conocida por los letrados hispanófonos: el tratado pedagógico *El estudioso de la aldea* del humanista Juan Lorenzo Palmireno de Alcañiz. Dos ediciones, o mejor dicho, dos redacciones de este libro se imprimieron en Valencia, respectivamente en los años de 1568 y 1571. En esta última edición, publicada en formato electrónico por la biblioteca de Valencia, topamos por fin, a la página 210, con el pasaje citado en la crónica. La redacción de 1571 de *El estudioso de la aldea* es la más rara de las dos: hoy en día se conservan en Europa sólo dos ejemplares de ella. ¿Dónde

²¹ Appianus de Alexandría, *De bellis civilibus*, II, 86.

pudo Chapa dar con esa obra, que, por mucho que hubiera tenido reconocimiento y fama en su época en los debates acerca de la pedagogía, ya estaba algo desconocida a finales del siglo XVII? Acaso un ejemplar pudo tomar parte de las bibliotecas de don Martín de Zavala o del mismo Alonso de León, que Chapa alaba por muy ricas. Sea lo que sea, lo que importa, al fin, es que el Autor admite sacar todo el pasaje de sus propios papeles (y está sobreentendido que fuesen manuscritos), donde el título de la obra ya debía hallarse equivocado y sin el nombre del autor, lo que nos hace pensar que el libro en sí mismo no afectó demasiado la cultura personal de Chapa, puesto que hasta la fecha de composición de la crónica, él ni siquiera recordaba sus datos principales, que son su autor y título. Tal vez lo único que pudo haber llamado su atención fue justo el trozo sobre los prodigios, que tanto parecen gustarle.

Con efecto él rellena tres diferentes capítulos con este mismo argumento. Poco antes, en el decimotercio, él expone cómo esos milagros o prodigios proceden de Dios, quien los manda porque sirvan de mónico a los cristianos o para adelantar alguna catástrofe; Chapa respalda este asunto evocando a San Martín e Isidoro de Sevilla, asegurando que coinciden en esta misma opinión y conformándose con indicar al lector los respectivos capítulos de sus libros acerca de este tema. El santo obispo de Hipona trata de los monstruos y de los prodigios en su obra. *De civitate Dei*, III, 8, 5 capítulo (Chapa ubica el trozo en el “capítulo 16”), mientras que el autor de las *Etimologías* toca el asunto, citando a la letra el dicho pasaje de Agustín, en el libro XI, 3 (aquí el autor nomás pone que el capítulo, que está correcto, omitiendo la indicación del libro). Notamos que también en esta circunstancia el cronista parece sacar sus informaciones de apuntamientos defectuosos o de recuerdos inexactos; es cierto que él no tiene estos libros a mano, ya que, leyéndolos directamente, los podría haber referido correctamente.

El autor vuelve a reproducir trozos de obras latinas en el capítulo 30, donde se detiene algo sobre la mudanza de las cosas terrenales en relación a la mala suerte encontrada por el gobernador Juan de Echeverría. Para profundizar este asunto, Chapa alude a la vida



Daide Gambino

del líder romano Mario, enemigo del déspota Lucio Sila, citando un pasaje que afirma sacar de Claudiano y que traslada de la manera siguiente: “*Victus a Sila minturnis in pacu de natanit inventus ed in carcerem. Conioextus, accepta que navicula ubi debec xulabid?*”. No tardamos mucho darnos cuenta que esta oración se halla bajo el lema “Marius” del afamado *Dictionarium* del humanista Ambrogio Calepio (1435 – 1511), donde podemos leer: “*Victus a Silla, Mynturnis in palude latuit; inventus et in carcerem coniectus imissum percussorum Gallum vulto auctoritate deterruit?*”. El exceso de alteraciones en el texto reproducido por el cronista no podrá, por ser tan impactante, ser debido a errores de lectura por el editor; la atribución de la cita a Claudiano también nos obliga a extraer nuevamente la conclusión que Chapa estaba consultando documentación manuscrita ya corrompida por graves vicios ortográficos.

La misma situación ocurre pocos renglones después, cuando, insistiendo sobre el tema de la inconstancia del vivir, el cronista alude a la vuelta que la suerte le dio al rey persa Dario, quien despreciaba Alejandro el Grande por su juventud, antes de ser vencido tres veces por él. Refiriéndose al “mismo autor” de la cita precedente (es decir el supuesto Claudiano), Chapa transcribe “*Darius ultimum persam rex, qui Alexandria dole essentiam despectui a benes velum cum aigresus (sic) es tabeo que quamvis ex sixis copiis ingentibus prelus victum eum, se fuga victori eripere contatetur a suis comprehensus est ed tuis duptus?*”. El pasaje correctamente ortografiado se lee en Calepio, al igual de lo sobre Mario: “*Darius, nomem regum Persarum commune. Ultimus, qui Alexandri adolescentiam despiciatui, habens bello eo agressus exiguis copiis tribus ingentibus preoliis victus, cum se fuga a victori eripere conaretur, a suis comprehensus est et trucidatus?*”. La comparación entre las dos lecciones habla por sí misma, y confirma lo que decimos poco antes: el autor de la *Historia* extrajo todas estas citas de material manuscrito, entendiendo el significado global de las oraciones (tal vez porque lo encontraba anotado en español junto a ellas), pero sin percatarse de las corrupciones del texto que anduvo copiando. Por eso no podremos detenernos de pensar que su conocimiento del latín fuese, a finales de su vida por lo menos, bastante limitado.

Y asimismo parece declararlo Chapa en el cap. 22, cuando, al copiar el parecer de fray Francisco Ribera sobre los castigos merecidos por los indios rebeldes, y topando en un trozo en latín, él renuncia a transcribirlo completamente: “La autoridad legítima está en el príncipe o quien tiene sus veces; consta de San Agustín, libro 22, “contra Fausto”, cap. 75, donde dice: *ordo naturalis et accomdatus ac exposit, etta*. No puse todo el latín, porque estaba tan mal escrito, que no se puede entender”. Esta última oración debe ser atribuida al mismo Autor, y no a Ribera, quien según sus propias palabras sacó todas las citas contenidas en su parecer de los pocos libros que logró encontrar en la villa de Cerralvo. Chapa entiende perfectamente el texto español, y nos lo devuelve con fidelidad, así que no se podría culpar no la mala escritura de Ribera si él no termina de entender la cita latina, sino sus propias dificultades con este idioma. Por eso llegamos a concluir que si nunca Juan Bautista Chapa estudió el latín en su juventud, hasta la fecha de composición de la crónica se le había en algo olvidado; la costumbre española de redactar las actas en castellano no lo obligó a practicar este idioma en las diligencias de su profesión de escribano.

¿Fue al fin Chapa un hombre de cultura, a pesar de sus límites? Nosotros creemos que sí, por mostrar, a lo largo del desarrollo de su *Historia*, un espíritu curioso, en que abundan las preguntas y los intentos de contestarlas. Tropieza él a veces, contando con herramientas insuficientes, acervadas en condiciones incómodas, más siempre procura dar fundamento a sus discursos, y documentación a los hechos que va contando. Más allá de ser o no ser hombre cultivado, él simplemente hace cultura, devolviendo al lector lo que la vida le ha sembrado en su pensamiento. “¡Que cultiven su jardín!”: ésta es la amonestación que Voltaire, jugando con las etimologías, dirige a sus lectores, por boca de su más célebre personaje, Cándido el optimista. Juan Bautista Chapa supo estar pendiente de su semilla, pues nosotros podemos hacer, hasta el día de hoy, cosecha de su labor.